

«POEMAS»

(ISLAS DE ORO—LA LEYENDA BLANCA—
BELPHEGOR—POR LEOPOLDO DÍAZ.)

No creo que me engañe mi pasión por nuestra buena tierra americana si afirmo que veo en ella,—en su presente y emprendedora vida mental,—en la acción entusiasta y animosa de su juventud, toda la vitalidad de la nueva florecencia de la poesía de habla española.

¡Cuánto elemento gárrulo y vacío, cuántas viejas cosas mal restauradas, cuánta ingenuidad pueril, en este movimiento *modernista* que hoy hace vibrar—confundiendo en sí, como todos los movimientos literarios, el canto de las aves y el vocear de las ocas,—la vida del verso americano!... Pero, también, ¡cuántas halagadoras promesas, cuántas notas inspiradas y altivas; cuánto talento y cuánta animación capaces de armonizarse en una obra de verdadero arte, en una obra duradera y fecunda!—Para la crítica bien intencionada es una grata tarea, es toda una fiesta del espíritu, señalar y levantar en alto las cosas buenas que trae esta revuelta corriente de publicidad, separar del montón vulgar cada una de las obras que lo merecen.

Leopoldo Díaz,—uno de los más gallardos mantenedores en el torneo de la actual poesía americana, uno de los más prestigiosos, y acaso, entre ellos, el que puede representar con más justo título el amor de la perfección exterior, el imperio de la forma pura,—es, también, de los que poseen en más alto grado, la noble virtud de la perseverancia y la pasión viril de la labor.

Vibrante todavía la huella luminosa de los *Bajos-relieves*, he aquí que el poeta nos presenta el fruto de su peregrinar por nuevos rumbos, en las *Islas de oro*, *Belphegor* y la *Leyenda Blanca*.

Ofrece cada uno de esos poemas un género de interés peculiar, y exhibe, bajo una faz diversa, el alma del artista.

*
* *

De la idea del primero de los *Poemas* puede hablaros el recuerdo, seguramente no desvanecido, de una vieja lectura. Todos recordaréis de Becquer, la rima en que sueña la canción de los barqueros que llaman para el viaje al que pasa, mientras baten sus remos la espuma pintada por el iris: esa *eterna canción* á la que el poeta contesta señalando, tendidas á secar sobre la arena de la playa sus ropas, como el viejo Horacio los húmedos despojos llevados en ofrenda al dios del mar, que le preservaban de los encantos pérfidos de Pirra.—Bien, pues: las *Islas de oro* tienen alguna seme-

janza con las playas á que conducían los barqueros.—En la primera, detiene la marcha del pasajero del mar, el cántico que invita á aquel de los bienes humanos que el batelero de Becquer consideraba «mejor que la luz y el oro del día y las brumas de plata de la noche.» El escenario es el de una encantada Tempe. Teorías de vírgenes discurren por las laderas de celestes montañas. Naturaleza ciñe las galas de una primavera inmortal. Flotan confundidos, en los aires, aromas, cantos y gritos voluptuosos. Pero á veces surge, dominando el monólogo de la onda, un himno triste, que entonan los viajeros para quienes se desvanecieron ya las imágenes con que los llamaron á sí las Sirtes engañosas.—Es la segunda de las islas de oro la isla del tesoro venal, la que atrae á las naves aventureras, á los ávidos perseguidores del vellocino.—En la canción de los barqueros no sonaba esta nota.—Sobre sus costas coloreadas de fuego, se alza la Torre Azul donde se atesora todo el oro de Ofir. No tiene por atributos las flores, sino las gemas deslumbrantes. No despliegan, las naves que á ella conducen, blancas velas, sino velas de púrpura.—Y á las playas de la isla tercera, llegan, agitando verdes pendones, los fascinados por la Gloria: héroes y poetas, visionarios y artistas, ambiciosos del laurel y la palma, todos aquellos que sueñan el más embriagador de los sueños.—Avanzan arrullados los unos por cánticos altivos, llena el alma de sol, vibrantes en la diestra las desnudas espadas. Los otros son los pálidos visionarios que lucen una aureola trágica y en cuyos hombros se ve la huella de dos alas perdidas; los mártires que pasan bajo palmas simbólicas, y llevan espigas en la frente, y en los labios la sonrisa suave del perdón. Y del grupo de los visionarios, cuando se han desvanecido sus quimeras falaces, se escapa el lamento helado del Hastío, que es hermano del Odio y de la Muerte.—En tanto, más allá de las islas encantadas, reina la noche del Misterio, la noche del olvido, eternamente silenciosa... Y, ante ella, siguen las islas fulgurando, y fulguran siempre, como un espejismo inmenso.

Esta preciosa idea se desenvuelve en versos elegantes y exquisitos.—Pero á la poesía inspirada y armoniosa de las *Islas de oro* prefiero yo la exótica y osada poesía de *La Leyenda Blanca*.

Ávido el poeta de originalidad, ansioso de aventuras fuera de las regiones conocidas donde su planta habría de estamparse sobre la huella de cien poetas, sale de nuestros suaves climas, se aleja, al mismo tiempo, de esos Trópicos tantas veces profanados en América por los versos vulgares, y busca—rumbo al Polo—las confidencias de la ráfaga helada que cruza, llena de rumores legendarios, por ciertos poemas bárbaros de Leconte.—La elección de este rumbo extraño descontentará, con frecuencia, aun á aquellos que toleren al viajero el viaje mismo: haber salido del terruño.—Sobre un escenario glacial, como protagonista de una tragedia fabulosa y enorme de venganza, un oso blanco de la estepa, enamorado de la hija de un Rey monstruoso que habita en

un palacio flotante y mira con un solo ojo de ciclope... He ahí un motivo de leyenda que no deslumbra por su poética virtualidad. Expuesto así, el argumento de la obra puede pareceros, efectivamente, de un supremo mal gusto ó de una extravagancia intolerable. Si la leéis de regreso de un ameno viaje ideal á aquellas regiones deliciosas del Arte que corresponden á las regiones del mundo que hacían suspirar á la Mignon del poeta, acaso no se desvanecerá del todo esa impresión. Si, para corroborarla, llamáis en vuestro auxilio á cualquiera Poética vulgar que doctrine en nombre de la medida, de la tradición y el buen sentido, la leyenda os seguirá pareciendo extravagante.—Pero emancipad vuestro juicio de recuerdos amables y serenos; olvidad que se han escrito idilios clásicos en el mundo: alejad de vuestra mente á Virgilio, no penséis en Chénier, borrad *Jocelyn* de la memoria. En vuestro espíritu meridional, poned un poco de aquel áspero fermento del gusto que dan los jugos fuertes y tónicos del Norte; tened candor; imagináos que vivís bajo las sombras que dan su prestigio á fábulas extrañas; sumergíos en las brumas que hacen posibles los espectros, y gustaréis entonces el crudo sabor de esta poesía, que á la manera de un bosque adusto de las heladas latitudes que se os atraviesa un camino del Mediodía, os desorientará primero para imponeros su grandeza extraña después.

Claro está que sin la habilidad de la ejecución, sin las sugerencias de la forma, sin el primor del arte, sin el cuidado de la estrecha relación en que está la eficacia trágica del drama con el fondo pictórico de la Naturaleza miserable, aterida, penitente,—sería trivial el efecto de lo maravilloso, se tornaría en ridícula la apariencia solemne de la fábula.

Pero el poeta tiene conciencia de todas las delicadas imposiciones de la idea escogida, y sabe obtener de ella un rico tributo de poesía, fecunda, original, que, ya resuena en sus versos con la grave y pavorosa voz de las olas y de las tormentas, ya se reviste de tonos melancólicos y suaves que resaltan sobre la ruda austeridad del fondo bárbaro al modo de cierta misteriosa alga que matiza de rosa la soledad de los hielos infinitos, y reflejan su luz sobre el mismo extraño protagonista de la leyenda, como el oso sensible de *Les larmes de l'Ours* del gran maestro de los *Poemas trágicos*.—La descripción tiene toques soberbios y grandiosos, toques de un pincel inspirado, que contribuyen grandemente al interés de un poema en que tanto importa el efecto de escenografía. Vago, fantástico y nebuloso el dibujo: el de los contornos de los témpanos enormes, de los áridos acantilados, de las nubes desgarradas y las olas inmensas; una sola nota de color: el blanco deslumbrante sobre el fondo negro de la noche que siempre dura.—En este ambiente espectral, se desprenden vaporosas nebulas de poesía ó vagan negras sombras. Hay preciosos pasajes. La invocación preliminar es un soberbio pórtico, que se diría cincelado en el hielo.—Para la presentación de la heroína, parece haber tomado el poe-

ta á la caja de colores de Gautier, los ampos blancos que deslumbran en alguno de los *Esmattes*.—El monstruoso monarca, aparece en un fragmento que es otro primoroso cuadro, digno del anterior como contraste sombrío.—No así el *lied de los sueños* que canta la Princesa en sus horas de contemplación y de nostalgia, y en el que noto cierto aire de trivialidad, de *usada poesía*, que se conforma difícilmente con el aspecto general, de fresca y altiva originalidad, de la leyenda.—En cambio, me parece verdaderamente hermoso el himno del Norte que entona el príncipe amante de Yolanda, mientras devora, yendo hacia ella, las estepas sombrías, y suenan las campanulas que llevan los rengifos de su trineo. El himno que evoca las furias de los guerreros del Walhalla y la alegría siniestra de Odín.

La Leyenda Blanca es, en suma, una rara y preciosa flor de poesía, cuya especie me parece hasta ahora enteramente ignorada en el invernáculo levantado para toda suerte de vegetaciones exóticas por los cultivadores del arte nuevo de América.

Desde que en los días de iniciación y de lucha del decadentismo, Jean Moréas confió al grupo juvenil de sus rapsodas la revelación del prestigio de sus imágenes sugestivas y sus alegorías extrañas, el símbolo es, no sólo una «moda retórica» que triunfa, sino á veces un objeto de fe, en cuyo nombre se predica la renovación y se hace la guerra.—Para muchos está en él la verdadera condición de unidad del verso nuevo, y su imagen podría ser cincelada, dominando, sobre el pórtico de la triunfal é innovadora Poesía, como aparece en ciertos pasajes de la curiosa *Eleusis* de Mauclair. Para todos, es una divinidad en la mitología peculiar de nuestra época.—La crítica que juzgando la poesía simbólica de los contemporáneos cuando ella se le presenta con ambiciones de sistema y de dogma, ya la considerará como una reacción y una anomalía encaminada á contrariar todo el sentido estético de la evolución iniciada en el Renacimiento, ya como fórmula preciosa de un arte nuevo, y aún de un cíclico arte del porvenir, ha de atenerse en ésta como en muchas otras cosas—para juzgarla en cada una de sus manifestaciones particulares, á las leyes sabidas y los cánones viejos.—Y la calificará de viciosa y anti-natural forma de arte cuando, nacida sólo de una arbitraria convención, es difícil, indeterminada y oscura, apta para procurar muy vagos estados de sensibilidad ó torturas inútiles del pensamiento, más que una idea ó emoción definidas; de hermosa y eficaz, cuando es el símbolo producto de una concepción simultánea de la imagen y la idea que representa, y no del artificio y la interpretación laboriosa; cuando por la fuerza plástica del símbolo, la relación de semejanza con lo significado aparece clara y traslúcida á los ojos del que lee; cuando, para expresarlo por medio simbólico también, es breve, y fácil, y armonioso, el puente tendido, por la mano del poeta, de la idea á la forma y de lo real á lo ideal.

El autor de *Bajo-relieves* ha querido en-

sayar, en el último de sus *Poemas*, la virtud poética del símbolo. Y ha creado una leyenda tan hermosa por su sentido ideal como por su apariencia y por su arte.

Contemos cómo es la invención simbólica del poeta.

Belphegor, héroe gallardo y animoso, miró un día cruzar un águila blanca por el cielo á la hora en que se apagaban las últimas luces del crepúsculo.—Y el águila, que despertó en el Héroe deseos de volar, anhelos de hacer de ella su nave para llegar al ignorado País de la Quimera, descendió hasta sus plantas y partió llevándole consigo. Tendió su vuelo por cima de los montes, por cima de las nubes; llegó sobre los mares postreros que guardan el eterno enigma del Polo.—Y después de haber volado cien noches y cien días, se detuvo el águila y dejó al Héroe fatigado, frente al mar, sobre una pendiente abrupta, entre cipreses, donde sus párpados se rindieron al sueño. Entonces, á su pensamiento descendieron visiones. Llegó primero una forma blanca y nimbada, que surgía como de un vaho de misterio y vestía un manto de espuma. Belphegor reconoció al Ensueño. Llegó después una forma errante y cautelosa, con las alas de sombra y la palidez sagrada de los cirios. El Héroe saludó á la Muerte. Llegó por último una visión convulsa y vacilante, que expresaba el terror en el rictus siniestro de su boca, y sobre cuya frente se cruzaban los cabellos como puñales rígidos. Y el Héroe conoció al Espanto. Pero luego descendió á él una aparición plateada y luminosa, envuelta en la blanca túnica de un celaje, que era el Amor. Las trágicas visiones separándose del Héroe que soñaba, murmuraron: Es un vencido. Y dijo el Amor: Me pertenece!

Belphegor despierta y sigue su viaje sobre el águila. Dirígenle, por sobre las olas turbulentas, á ignoradas regiones. Hay en ellas una misteriosa selva y una Princesa encantada que, yendo á velar en la selva misteriosa su anillo, quedó cautiva por arte de magia de un endriago. Belphegor, que ama los imposibles, sueña en amar á la princesa y arrancarla á la cautividad, venciendo el arte pérfido.—Ciñe, para la empresa heroica, su hoja templada en la sangre ardiente de un dragón; recoge el arco y el carcaj de plata, el clarín sonoro y el blando laúd de las endechas. Y penetra entonces en la profundidad del bosque encantado que se desenvuelve en una extraña espiral y á cuya entrada florecen amapolas negras y rojas que esparcen un efluvio de sueño, y amapolas blancas en las que se enroscan negras serpientes que dan al Héroe que pasa una siniestra bienvenida. Belphegor avanza silencioso y solemne. Crujen á su lado las hojas, las aves de la noche levantan su vuelo en torno del viajero, vagos terrores flotan en los aires, y los mudos fantasmas se enlazan en círculos sombríos, mientras, tejiendo sus telas, negras tarántulas parecen describir figuras de fatídicas danzas. Pero Belphegor prosigue su marcha entre las sombras. Divisa, en la profundidad del bosque encantado, un lago de aguas dormidas y serenas, en cuyas márgenes corre una fosca Quimera entre espadañas. El Héroe llega

á él... y prorrumpe entonces en un grito de ascmbro y de dolor que cunde propagándose en ecos infinitos: ha visto muerta á la princesa del ensueño... Besa Belphegor su frente divina y sus verdes ojos, ciñe sus cabellos con nenúfares que se despliegan en la superficie de las aguas, y marcha después á donde el águila le espera. Quiere volver sobre sus alas á la playa lejana, que arrulla el inmerso grito del mar, para que el mar sea el confidente de su decepción... Cuando el ave le deja, obediente á sus mandatos, en la playa, el Héroe queda sumergido en el estupor, en el silencio y el olvido. Entonces, el huracán, las aves que pasan, los monstruos del mar, las voces vagas del abismo, concitan á Belphegor á que despierte. Pero cuando Belphegor despierta y vuelve la mirada á su propio sér, ya sólo encuentra en sí, desvanecido el éxtasis pasajero de su ensueño, el vacío y la sombra: un océano de sombra. «—Llévame—dice al águila—al espacio infinito, á los abismos insondables donde el alma olvide todo sufrimiento.» Y mientras el águila corta con el filo ondeante de sus alas las nieblas del éter adormido, el Héroe le grita sin cesar: más alto! más alto!, hasta que se pierde arrebatado por el vértigo de la altura, y todo se esfuma y desvanece ante su mirada y sólo ve lucir las constelaciones sobre su frente como camelias blancas abiertas sobre el terciopelo de la noche.—De pronto, á la manera del ave que rompe la prisión oscura de su jaula, Belphegor se lanza al vacío. El pájaro enorme da un terrible graznido de rabia y de dolor, y recogiendo y oprimiendo al Héroe en sus garras, le suelta luego para precipitarse tras él. Y entonces, como dos visiones, como dos espectros confundidos en una misma sombra, ruedan al abismo infinito

El Héroe
y el águila.

*

*

He ahí, pues, la simbólica aventura de Belphegor.—El poeta manifiesta, al narrarla, que ha consagrado al pensamiento que trata de poetizar, todo su amor de artista; y la ejecución es digna del interés interno del poema. Intensa y poderosa la imagen, rica en fantástica grandeza. En frente de ciertas páginas de versos se me ha figurado á mí ver un dibujo dantesco de Doré. La versificación: original y primorosa. En nuestro poeta, la habilidad formal fué siempre poderoso rasgo de su talento. Es el autor de *Bajo relieves* de los versificadores á quienes han sido revelados aquellos misterios del rimar, de que no se habla en los tratados de Poética y que no alcanza á analizar la Prosodia; de los que perciben y saben hacer fecunda la estrecha y misteriosa relación del ritmo con el sentimiento y con la idea; de aquellos para quienes no ha de considerarse el metro como un molde inorgánico y de antemano convenido, en el que sólo se atenderá á ajustar, con rigores de Procusto, palabras y palabras, sino como una fuerza interna que despliega las alas del verso, ó las recoge, según el soplo íntimo de cada idea y de cada emoción.—Siempre

fué,—como decía,—poderoso el dominio de la plástica en el talento de Leopoldo Díaz. Pero el estudio rítmico de algunos fragmentos de esta que es la mejor de sus leyendas, señala, en esa principal condición de su genialidad, el punto más alto, y bastaría por sí solo á acreditarle de magistral versificador. Cuando el Héroe desciende, entre sinistras bienvenidas, la sombría espiral del bosque encantado, hay una imitación tan admirable de su descenso y de su agitación, en el movimiento rítmico del verso, que no dudo en calificarla de ejemplar, y que me recuerda—pero superándola en mucho todavía,—la de cierto hermoso pasaje de *El Estudiante de Salamanca*, cuando Montemar se debate entre los espectros.

Podría exigirse ahora, antes de terminar este comentario, la clave, la interpretación, del simbolismo del Héroe y su leyenda. Es de la crítica penetrar en el secreto de la obra de la Imaginación, y convertir al lenguaje de la idea lo que en ella se expresa en el lenguaje alado de la imagen. Probando, en dos memorables ocasiones, sus fuerzas en la poesía del símbolo y de las ficciones alegóricas, Gaspar Núñez de Arce quiso ahorrar esa labor de análisis á la crítica; y él mismo confesó el pensamiento que habría tratado de representar poéticamente, en notas que son, después de sus poemas, como el reverso opaco de un disco luminoso, porque contraponen el procedimiento esencialmente prosaico de la abstracción y de la interpretación racional de las creaciones de la fantasía, al procedimiento imaginativo y sintético del Arte. Y la crítica, celosa de esta usurpación de sus fueros, le recordó que no era al poeta á quien tocaba hundir en sus propias creaciones el escalpelo de la razón y traducir en *idea* lo que en *forma* habrá expresado con anterioridad.—Mas la crítica misma, que evocando viejas palabras ha de limitarse á decir en ciertas ocasiones: *entienda aquel á quien le sea concedido*; ¿no puede hallar á veces un alto y escogido placer en guardar á la ficción simbólica del arte su velo transparente,—en no desvanecer sobre ella la semiclaridad ideal de la penumbra,—en dejar sin traducción vulgar el idioma de formas y colores del poeta?—El afán de los escoliastas—del que se ha dicho que haría trocarse el pliegue trágico de la boca del Dante en una sonrisa burlona—suele ser un afán inútil. Á aquel que lea sin que ningún pensamiento, ninguna emoción sienta despertarse en su alma en presencia de las imágenes que componen el símbolo, no se lo haréis sentir revelándole cuál es la idea que lleva en sus entrañas cada una de esas imágenes que no han logrado conmoverle. Y el que ha sentido el símbolo, interpretándolo de manera que diga algo interesante ó sugestivo á su alma, no ha de cambiar por la vuestra su interpretación.

Empero, el héroe de nuestra leyenda dirá á todas las almas una cosa semejante y en todas evocará un sentimiento conocido. Cuando Belphegor mira, con la sed de la altura, cruzar al ave legendaria que va á abismarse en las brumas grises del Septentrión, todos recordarán que ellos han esperado alguna vez, sobre la playa, al águila

blanca que vuela al País de la Quimera, ó tendrán conciencia de que aun aguardan que ella pase. Cuando Belphegor atraviesa, para arrancar de su encanto á la cautiva, el negro bosque del misterio, muchos recordarán que lo han cruzado alguna vez, ó sentirán acaso que lo cruzan, porque se congregan á su alrededor las sombras que flotan en los aires y les hieren las carnes los abrojos punzantes del sendero. . . Cuando Belphegor vuelve de su fracasada empresa sobre el águila y busca el olvido, el silencio, y el abismo, ¡cuántos sentirán que también han vuelto de su viaje, y que el propio Dolor es quizá un viandante que ha pasado en la ruta trillada de su vida, y que en su intimidad ya sólo queda sombra, sombra inútil, ansiosa de refundirse para siempre en la sombra! . . . De la inquietud que impulsa al alma en pos de las imágenes doradas que la hirieron; de la decepción, que pone su mancha sombría allí donde brillaban las doradas imágenes que pasaron; del vacío que empieza cuando han desaparecido los estímulos de la inquietud y se han agotado las lágrimas de la decepción, se compone un ritmo viejo y sabido, — como el de los días y el de las estaciones, — que sólo deja de cumplirse cuando Belphegor es precipitado, antes de terminar su trágica aventura, por el águila!